

## Tarde para matar

Jaime Moreno Villarreal

Se quebraba la curva de La Airosa, y se iba dejando ver delante, al costado de la carretera, la garita. Había que detenerse. El paisaje de desmonte disminuía siempre al cruzar por la garita, y todo se intimidaba entre nosotros. Siempre asomaría por la ventana un aduanal y nosotros traeríamos algo prohibido, ya fuera el pavo ahumado o la lámpara eléctrica, encargos de algún pariente de Dos Ejidos, y que nos ponían de parte del delito. Mi abuela desaceleró y me llamó por el espejo, ponte abuzada que no se vean las armas, hijita. Yo iba acostada sobre los dos rifles cubiertos con un tapadito de hule. Junto a mi abuela iba René, mi tío, con su barba de infortunado. Mi abuela se orilló como debía. La garita era una de esas casas en medio del camino en las que uno piensa, cuando pasa de largo, que le gustaría quedarse a vivir. Tenía pozo y corral de aves, muros altos, lavadero y letrina. Pero ni un alma. Y ora quién nos va a revisar, preguntó mi abuela, abriendo la portezuela, apeándose mientras René decía vámonos ya, madre. Mi abuela fue a asomarse a la casa, dio voces, entró y salió diciendo pues aquí hubo gente apenas, pero ya no hay nadie. Arrancó y seguimos nuestro camino, qué tal, me miró por el espejo, sin novedad, yo con un arsenal bajo el lomo y las asentaderas. Apesta mucho, dijo ella, los agentes siempre huelen a calzado sudado. Es que huelen a dinero manido y mal habido, cortó René entubándose el pantalón en sus botas que nunca se quitaba. Me hincué en el asiento y me quedé mirando alejarse la casita, viejos sucios, pensando. Todo se hacía chiquito. No hombre, madre, le quitan a uno las armas y luego las andan vendiendo, vaya usted a saber qué hagan, y uno es el primer responsable. Yo me senté retirándome de los rifles. Será eso matar a sangre fría, porque el contacto con el metal de la carabina me había hecho estremecer. Antes que la pieza hay que asegurar el arma, iba diciendo René con su poquito de olor a cerveza que mitigaba un cigarrillo encendido, al buen cazador no se le va el cañón. René presumía de haber matado osos y venados cuando niño. Osos y venados se me hacen pocos, doblaba mi abuela, pero yo nunca vi ni el tapete ni los puros cuernos en mi casa. Mi tío festejó el desmentido. Yo ya me sabía que todo lo que había hecho René en su vida lo había hecho de chamacco. Iba vestido con camisa de botón diablito y pantalón vaquero, como si fuera de trabajo. Pero mi tío no hacía más que conducir su automóvil por las calles de Bagdad. Cruzaba en su Renault azulito a cualquier hora, sin asunto, bajaba a comer y se iba. Luego, cuando mi abuela y yo salíamos a tomar el fresco o a comprar hielo, veíamos el cochecito atajando entre los baches. Era la época en que al otro lado estaba de novedad un automóvil que llamaban Toronado. Mi abuela le puso de nombre el Tronado al azulito, y para no despertar sospecha en la garita ella cruzaba siempre al volante. Sin detenernos a buscar a los parientes, cruzamos aquella tarde la

desviación de Dos Ejidos, luego el tanque de aguas y el puente del río Purificación. Aquí está bueno, a ver, tuérzale señora. Nos salimos de la carretera federal y entonces René tomó el volante y comenzó a brechar. Era un gusto ir con René porque daba un poquito de miedo lo que podía pasar. Me pegué al vidrio de atrás cuando mi abuela dijo si no hay ojo no hay manojo, a ver si aparecía algo entre los labrantíos. Seguro que pronto habría de segar pardo y amarillo el cuero de algún animal, pero de momento sólo el rumor del motor y la polvareda suspendían mi alma, y al cabo cruzamos el límite de una propiedad, el Capomo. Bájese Finita, y abrí el portón pesado, cruzó el coche y cerré de nuevo. A lo lejos, dos tractores barbechaban y una parvada de garzas prosperaba tras la estela de las máquinas, buenas estarían para un perdigonazo dijo René. Cortamos por el caserío del rancho. Asomaron unos huerquillos que jugaban como mayores con la herramienta, y el azulito alborotó a perros y gallos. Nos fuimos retirando de donde hubiera gente, y el automóvil jalaba como si por su cuenta prefiriera baches y bajuras, a ver Finita vamos a enseñarle a cargar esa carabina. Estábamos en despoblado. Bajamos. Me puso un rifle en las manos, abrió la cámara, la cargó con tiros y me mostró el botón del seguro, así es de Dios y así es del diablo, y cuando lo porte nunca lleve el dedo sobre el gatillo porque se vuela el pie o mata la nube o se hace la vida desgraciada. Volvimos al coche. Ora saque el cañón por la ventana, y arrancamos duro y dale el motorcito hasta dar con otra puerta, del Rancho El Caballero, muy olvidado y disperejo de surcos. De un camino se partían otros caminos que cortaban los bandos de tierras de labranza, caminos sugeridos al margen de los barrancales o antiguas huellas de camioneta en el borde de canales de riego, caminos que vadaban y traspasaban y se salvaban eligiendo caminos que más nos internaran entre maleza y lodazales, pasando a mundos muy poco cultivados.

Aquí está. Qué. Detuvo el coche, paró el motor. Yo no advertía la ocasión del momento. Alcánceme la carabina, Finita, con cuidado. La sombra privaba de relieves, ardía el paso en verde y negro, y pensé ver distinta una fiera de fondo entre fauces. René me dijo ahora bájese. A dónde, tío. Allá adelante. Hijita, no veo nada tú qué ves, se dilató en bajar mi abuela, el águila en el árbol. Negrísima, brillante, un águila que supera al mundo y cierne la luz, el águila posada en una rama sobre un cuerpo de animal más grande que una liebre, restos que parecían de un chivo. Ténmele precaución a esta niña. Mi tío me hizo apoyar el rifle sobre el cofre del auto, apúntele a la pechuga. Calé bien el arma en mi hombro, sostuve el cañón, mi tío quitó el seguro, y yo busqué con la mira el todo. Disparé. A diez metros como arpía, se abrió y batió su entero, pero no voló, más grande y más negra encapotada. Volví a jalar del gatillo. Abrió sus amenazas

loqueando con el pico, pero ni cayó ni se alzaba. No puede moverse, me dijo René, está llena de comer. Véngase a darle más de cerca. Apoyándome ahora en mis piernas, me sentí por fin cazadora, firmes los pies, una escuadra las piernas y el pecho como un arco. Le volví a tirar, apremiada por mi tío, otro tiro más y cayó de bulto. No cobramos la pieza muerta entre su carroñera, pestilente. Otro olor de sangre. Bueno yo ya había matado, y ése era el trato.

Era el día de mi cumpleaños. Mi abuela me dejaba trepar a los árboles, montar a pelo, bañarme en el río y esas cosas. Pero lo de salir a tirar, eso no, sólo los hombres. Ese mes me bajó la regla, y veía acercarse una nube de dejar de hacer, así que mi regalo de cumpleaños fue hacer lo que me faltaba, matar. Mi abuela dijo no, qué ganas de amachorrarse, pero cuando René sugirió que podríamos acompañarlo las dos a buscar un venado, a ella se le tornó ilusión. Al fin y al cabo tampoco nunca había salido a cazar. Ella que de niña corrió entre una balacera y vio ajusticiar a hombres desarmados, nunca había pesado en la mano un arma de fuego. Si te preguntan, hijita, es mi capricho les dices. Tirarle al venado. Pero aquella tarde, después de matar el águila, se me acabaron las ganas. René se acercó al mugrero del águila y con una muca regresó al coche como cebado y con ganas de tirarle a lo que se le cruzara enfrente. De nuevo nos dimos a hacer la ronda de los senderos que él conocía. Al fin desembocamos silenciosamente en un ensanche anegado que no era ni depósito de aguas ni pantano, una de esas grandes tierras que quedan incultivables al paso de las lluvias. Mi tío bajó su escopeta del asiento y la cargó. Nos dijo que ahí entre las cañas siempre había patos y que calladitas las dos. A mí ya qué me podía importar, pero a mi abuela le andaba urgiendo darse su pólvora. Bajando la voz, René la dirigió. A ver, tome el rifle, no más viendo para allá, no haga ruido. Mi abuela parecía una auténtica bandida oteando aviones en el cielo. Para dónde apunto o qué, susurró apremiada. Mi tío, calándose a su vez la escopeta, le pidió cuando yo le diga dispare, madre, no más dispare para allá. Cómo que para allá, no me hagas bolas. Mi tío estaba preparado. Órale, tirele nomás al aire, hombre. Pues mi abuela tiró al aire y pegó un grito. Efectivamente, alzarón el vuelo los patos y en pleno aire René les disparó repetidamente. Al principio no me inquietó verlos caer, dos o tres, sino seguir con el aliento a los que, heridos, aleteaban más allá del desorden y parecían ir a derrumbarse fuera de alcance, o aquellos que tocados por el perdigón seguían sin caer y se encumbraban aún. Mi abuela se había lastimado un poco el hombro con el rifazo, y dijo de mala gana yo no quiero patos, apenas la codorniz es buena para el plato, así que esta vez mi tío tampoco levantó caza. Yo, en cambio, me subí al coche un pequeño pato herido, pardo, que pelechaba de su herida, lo tuve entre las piernas, haciéndome una mancha de sangre, lo acariciaba como si pudiera curarlo hasta que unas delgadas membranas secaron sus ojos abiertos, muerto pero aún calentito entre mis manos. Hubiera querido que fuera mi animalito doméstico, curarlo y devolverlo al agua. Lo que quiero es que me lleves a matar un venado, pidió mi abuela muy enfadada, sobándose el hombro al arrancar. Pero madre, matar un venado, y dónde se lo monta en este coche. Pues. Pues nomás no me hagas tirar al aire a lo tonto, zonzó.

Cuando subimos la cuesta y enfilamos sobre el plan, yo seguía con el pato en el regazo. Qué haces con ese animal,

preguntó mi abuela. Tíralo de una vez, yo no lo sé cocinar. Si no lo tiras lo mismo lo voy a echar llegando a la basura. Al fondo se alzaba una hilera de palmas altísimas, criaturas de playa. Eran el lindero de la sierra, más allá no había desmonte ni tierra agrícola. Era como si el mar estuviera del otro lado, mi abuela dijo que podía sentir el olor de la sal. Eludimos la entrada al monte. Comenzaba a apagarse la tarde. René iba contando cuentos de cacería. Contaba la cacería del venado con Abel su compadre, la noche en que se extraviaron del campamento donde habían puesto tienda y fogata. Iban a pie alumbrándose con una lámpara de pilas, ni un camino, ni la luna, ni el venado. Y para colmo, la neblina. Total, que se les acabaron las pilas. Mi tío se tropezó entre unos matorrales y perdió ahí su bonito reloj pulsera. Abel lo ayudó a levantarse, y siguieron andando uno tras el otro, se tocaban y se oían, hasta que alguno se descaminó. Compadre, adónde andas, le decía René, yo creo que mejor aquí nos detenemos. Pero el compadre ya no respondió. Dónde andas, Abel. Y nada, sólo un pájaro ululaba. En fin, que solitario siguió René vagando hasta que la desesperación lo rindió en lo negro, junto a unos zarzales. Ahí cayó dormido. Pero al rato algo lo despierta. Es un ruidito junto a la oreja. Tic-tac. Alcanza la mano y encuentra colgado de una zarza su reloj pulsera. Lo jala del extensible para recuperarlo, y en ese momento siente que comienza a temblar la tierra. La tierra lo levanta, y él trata de sostenerse agarrándose de las ramas en torno. Todo se agita y menea, la tierra se desplaza. Entonces René se da cuenta de que realmente va a lomos de un venado, y empieza a maniobrar al animal como puede, por los cuernos, donde va colgando su reloj, y así regresa montando triunfante al campamento. Daba René volantazos al Renault, como si fuera jineteando su venado rumbo a la fogata, y el sol amarilleando.

Doblamos por un camino hacia un ancho canal de riego, no muy caudaloso en la temporada. El pato se me empezaba a enfriar entre las manos, y ya quería volver a casa. Íbamos por el filo del canal. Miraba las nucas de mi tío y mi abuela, y me hacía la idea de que algún día la piel de mis manos llegaría a retostarse y arrugarse así. Íbamos a seguir para tarde sin matar venado. Era un solo minuto que los tres alargábamos sin hablar, y ya pardecaba. De pronto, apareció contra el poniente un edificio blanco de varios pisos donde el canal remataba. En torno, la tierra parecía agostada. La construcción evocaba un reloj municipal en el desierto. Es un templo protestante, dijo mi abuela. René se rió quedito, qué ocurrencias madre, y montó el azulito sobre la cortina que hacía presa en la cabecera del canal. Aquí se llama La Aljama, y ese edificio era una estación meteorológica, explicó René, está abandonada desde que construyeron el aeropuerto de Bagdad. Pues no creo que haya por aquí venado, opinó mi abuela. Nada, pues no, si íbamos por las garzas, la caza que mi tío prefería, garzas blancas y picudas como venablos. Y cómo sabes que hay, si yo no veo nada.

Detrás del edificio en forma de torreta, con grandes vidrieras estalladas, el crepúsculo cortaba la hora. La pequeña presa se embecía en un lecho rocoso. Atentos al manto probable de las garzas fuimos acercándonos a pie por la orilla que declinaba sobre un agua apacible. Los reflejos de luz sugerían volúmenes sobre ondas del estanque. Yo cargaba la carabina al hombro. La escopeta la llevaba René delante,

buscando por dónde mejor bajar. Al llegar casi al nivel del agua, mi abuela y yo nos detuvimos. Ella no quiso ir más allá de tan cansada, ni había garzas a la vista, así que me fui sola detrás del tío. Bordeamos por entre las piedras. Sopió un frío y me acordé de la cacería con el compadre Abel en lo oscuro. René se detuvo de golpe al divisar algo flotante en la otra orilla. Como rocas redondas caídas, vimos las figuras de unos animales grandes, como focas, que parecían bañarse de aquel lado. Eran dos animales pardos como morsas a medio sumergir, con los lomos empapados. Callada Finita, me pidió con emoción. Nos acercamos; nuestras armas no eran para esa caza, yo pensé, qué quería entonces mi tío. Son muy grandes para tejones, dijo René, pero leones, no son. Había que tirarles de lejos porque podían ser de cuidado, o más bien tirarles de cerca para darles en el corazón o la cabeza, o mejor dejarlos en paz yo pensaba. A unos veinte metros de ellos, con la luz que se extinguía, nos apostamos como fusileros para tundirlos desde nuestra orilla. Balas y perdigones que no dieron en lo macizo chapaleaban en el agua. Los cuerpos de los animales se movían bajo los impactos. Son osos, René adivinaba. Pero no se revolvían en contra nuestra, aunque estoy segura de que sangraban hasta que no hubo más luz.

Mi abuela esperaba ya en el coche. Qué mataron, niña. René terminaba la cacería sin cobrar una sola pieza. Para colmo cuando comenzaron a tirar, contó mi abuela, las garzas se alzaron de este lado, bonitas de a ciento. René estaba de malas, quién sabe qué había matado. Entre brechas fuimos descontando el camino y, ya muy noche, vimos clavarse frente al parabrisas dos ojos brillantes de animal lampareado. Es liebre o faisán, se apresuró mi abuela. Dos ojos grandes sorprendidos por los más grandes ojos del Renault. Es un venado, dije yo, estaba segura. Cuando los faros avanzaron para

alumbrarlo, pasó a ser un perro de rancho. Que si fuera coyote ya estaría bien muerto, gritó René embistiéndolo a caxonazos. Yo llevaba todavía el cañón de la carabina asomado por la ventana. Mi dedo en el gatillo. Me preguntaba tendrá o no tendrá puesto el seguro. Apreté, y el disparo resonó en nuestros huesos. Josefina. Se acabó esta cacería para siempre, gruñó mi abuela. Y René me habló muy serio. Si yo hubiera hecho eso cuando iba de caza con tu abuelo me habría plantado un par de cachetadas.

Alcanzamos la carretera de vuelta. Antes de montar en el asfalto, mi abuela me ayudó a cubrir las armas sobre el asiento, y se pasó de nuevo al volante. René prendió un cigarrillo que le dio luciérnaga a la noche. Me empezó a ganar el sueño. Desperté cerca de Bagdad, cuando enfrenó mi abuela. Al fondo de una recta se ordenaba la fila de camionetas y autobuses. Era un retén. René me dijo que me acostara bien sobre las armas, y me cobijó con el hule. Hágase la dormida, Finita. Cerré los ojos. Sentí otra vez el frío de los cañones a sangre fría. Al llegar al retén escuché a un guardia asomarse por la ventana. De dónde vienen. De Dos Ejidos, respondió mi abuela. Qué traen. Nada señor, dijeron ella y René al mismo tiempo. A ver, abra la cajuela. Se bajó mi tío y oí que conversaban. Cerró la cajuela y volvió al coche. Entre dientes René le comunicó a mi abuela que desaparecieron parece los dos agentes de la garita, que no los hallan, los habrán ultimado. Vi asomarse a un militar por la ventana de René. Qué trae ahí. Es mi nieta señor. Mi abuela me destapó el pecho. Qué es lo que trae esa niña. El militar me echó encima la luz de una linterna. Yo me atiesé contra las armas y me hice la que se despabilaba. Traía el pato muerto entre las manos. Es un animalito, dijo mi abuela, lo vamos a enterrar. □

